
Benito José Labre: un santo en camino

Conferencia en el Priorato de San Juan de Garguier 16 de abril de 2024

PRESENTACIÓN

Damas y caballeros, queridos hermanos y hermanas,

Es un gran placer encontrarme hoy con ustedes en el maravilloso entorno del Priorato de San Juan de Garguier para esta conferencia dedicada a la figura del Peregrino de Dios, el santo Benito José Labre. Durante este encuentro, tendremos el privilegio de explorar algunas anécdotas de su vida.

Después de una breve presentación de san Benito José Labre, nos sumergiremos en un episodio poco conocido de su existencia, ocurrido en las ciudades de Andria y Bari en 1771. Luego, nos detendremos en los momentos clave de su trayectoria, aquellos que han moldeado su identidad espiritual y han contribuido a forjar su reputación de santidad.

Aunque san Benito José Labre es principalmente reconocido como el santo patrón de los peregrinos, los mendigos y las personas sin hogar, también es venerado en las regiones de Apulia en Italia como el santo patrón de los zapateros y los prisioneros. Siguiendo su itinerario, descubriremos los encuentros, desafíos y enseñanzas que marcaron su búsqueda de la voluntad divina, así como su devoción a una vida de extrema austeridad.

"¡Ahora caminaremos en compañía del Peregrino de Dios!"

1 - El Llamado del Camino:

Los Orígenes del Santo:

Benito José Labre nació el 26 de marzo de 1748 en Amettes, un tranquilo pueblo rural ubicado en la antigua provincia de Artois, ahora en Pas de Calais. Como el mayor de quince hijos, sus padres, Jean Baptiste Labre y Anne Barbe Grandsire, eran fervientes creyentes que criaron a su numerosa descendencia en la fe cristiana. Su mayor deseo era ver a uno de sus hijos abrazar el sacerdocio, y tenían esperanzas particulares en Benito José Labre.

En 1760, sus padres lo entregaron a uno de sus tíos, el abate François Joseph Labre, sacerdote y párroco del pueblo de Erin, ubicado a unos veinte kilómetros de Amettes. Bajo la tutela de este tío, Benito José recibió sus primeras lecciones de latín. A los doce años, hizo su primera comunión y recibió el sacramento de la confirmación. Sus días estaban divididos entre el estudio, la oración y la lectura de obras piadosas que encontraba en la rica biblioteca de su tío.

En 1766, una epidemia de tifus azotó el pueblo de Erin, llevándose también al buen cura. Benito José, que se había dedicado al servicio de los enfermos, quedó profundamente entristecido por la pérdida de su tío. Después de pasar ocho años con él, se vio obligado a regresar al hogar familiar en Amettes.

Los intentos de vida monástica de Benito José Labre resultaron en fracasos. En 1767, pasó un tiempo con su tío materno, el abate Jacques Joseph Vincent, párroco de Conteville, para perfeccionar su educación religiosa. Sin embargo, sus intentos de vida monástica resultaron infructuosos. Al regresar con sus padres en 1768, a pesar de tener veinte años, se le negó la entrada a la trapa de Soligny, considerado demasiado joven.

El 12 de agosto de 1769, por recomendación del obispo de Boulogne, ingresó a la Cartuja de Neuville sous Montreuil, pero salió el 2 de octubre siguiente. El prior concluyó que no tenía vocación para ser cartujo. En una carta a sus padres, la primera de una serie de dos, expresó: *"Mis queridos padres, les informo que los cartujos no me consideraron apto para su orden; salí el segundo día de octubre. Considero que esto es la voluntad de la Providencia que me guía hacia un camino más perfecto. Me dijeron que era la mano de Dios la que me retiraba de ellos."* Luego añadió: *"Me dirijo hacia la Trapa, este lugar que tanto he deseado durante tanto tiempo."*

De acuerdo con sus intenciones comunicadas a sus padres, se unió a la abadía de Nuestra Señora de Siete Fuentes el 11 de noviembre de 1769, vistiendo el hábito de novicio bajo el nombre de hermano Urbain. Sin embargo, nuevamente fue abrumado por escrúpulos, sin atreverse a comulgar ni a recibir la absolución.

El registro del noviciado mencionó: lunes 2 de julio de 1770 *"enviado de vuelta debido a sus problemas mentales que hacían temer por su cordura."*

Benito José Labre: un santo en camino

Esta parte describe el recorrido de Benito José Labre en Italia, destacando las etapas de su viaje, sus encuentros y experiencias espirituales a lo largo de su peregrinaje en este país.

En la memoria colectiva persiste la imagen de este pobre peregrino demacrado, afligido por parásitos, recorriendo los caminos de los santuarios a través de varios países europeos. Su camino era el del viaje, en absoluta privación, una total entrega en manos de Dios. Y Dios, que honra a los humildes, hizo de aquel que temía ser reconocido como "alguien bueno" un ejemplo de vida interior para sus contemporáneos y las generaciones futuras. Su camino arduo estaba marcado por una extrema austeridad y una radical desposesión; este anacoreta de los senderos viajó mucho... Ahora examinaremos tres de los viajes más destacados de este santo desde sus inicios como peregrino, destacando anécdotas del proceso de beatificación a menudo olvidadas, que marcaron el inicio de su verdadera vocación, aquella a la que Dios lo había destinado.

2 - El Camino hacia Italia:

La narración continuará con el comienzo de los grandes peregrinajes (1770-1777) de San Benito José Labre a través de Italia. Al enfocarnos en su viaje desde Loreto hasta Nápoles, detallaremos su paso por ciudades como Fabriano y Loreto, destacando sus encuentros inspiradores, sus pruebas y su compromiso con la oración y la meditación incluso en las situaciones más modestas.

El nuevo camino de Benito José Labre:

Fue verdaderamente la divina Providencia la que lo guió en su viaje, aunque su objetivo era encontrar un nuevo monasterio en Italia, como él pensaba. Nunca cumplió el propósito descrito en su carta.

Benito José llegó a Chieri, donde redactó su segunda y última carta a sus padres, fechada el viernes 31 de agosto de 1770. Desde allí, pasó por las ciudades de Pavía y Sant'Angelo Lodigiano antes de llegar a Asís el domingo 18 de noviembre de 1770. El martes 20 de noviembre, se unió a los cordígeros de la orden de San Francisco. Ese día, después de satisfacer su devoción con los sacramentos, fue recibido en la cofradía de este santo patriarca. Según la costumbre, recibió un pequeño cordón bendecido que llevaba constantemente, recuperado después de su muerte cuando lo despojaron de sus ropas. Dejó Asís el domingo 25 de noviembre de 1770. Se colocaron dos firmas para su salida en su acta de bautismo, que en su época se usaba como pasaporte.

El lunes 3 de diciembre de 1770, finalmente llegó a Roma por primera vez. El acta de bautismo fue reconocida y visada en esta fecha en el hospicio de San Luis de los Franceses. Permaneció en Roma hasta después de las festividades de Pascua (Pascua, domingo 31 de marzo de 1771). Después de una estadía de ocho a nueve meses en Roma, emprendió un segundo viaje a Loreto a principios de mayo de 1771.

El jueves 13 de junio de 1771, Benito José Labre llegó a la ciudad italiana de Fabriano, 11 meses después de su partida de la abadía de Nuestra Señora de Siete Fuentes. Permaneció allí durante 15 días en el hospicio de Don Mario Paggetti, párroco de la iglesia de Santiago el Mayor. En el proceso de beatificación, el abad Paggetti testificó así:

"El piadoso peregrino vino a mí después de la santa misa en la sacristía. Me pidió con insistencia la gracia de escuchar su confesión general tan pronto como tuviera la oportunidad. No pude negarle esta solicitud, y recibí la confesión de toda su vida. Su humildad era tan grande que consideraba las gracias que recibía del Cielo como simples efectos de su imaginación".

"Benito José Labre me habló extensamente sobre su deseo de consagrarse a convertirse en un peregrino y me preguntó si era bueno que fuera a Santiago de Compostela para visitar el cuerpo de Santiago, en quien tenía una confianza particular".

Solo pude animarlo en este camino. Así fue como el piadoso peregrino actuó en Fabriano, siguiendo el camino al que estaba constantemente unido desde que Dios lo llamó a esta vida. Don Mario Paggetti agregó a su relato que los habitantes de Fabriano, impresionados por su apariencia y su piedad, rápidamente comenzaron a considerarlo un santo. Tan pronto como notó el alto aprecio y la veneración que le tenían, se retiró humildemente para evitar estos testimonios. Dejó Fabriano el jueves 27 de junio de 1771. **(Es en esta ciudad donde compuso para las hermanas Fiordi la famosa oración de los tres corazones).**



"Decía: '¡Me hace falta poco!' ¡El excedente solo sirve para preparar un festín más grande para los gusanos!"

Benito José Labre finalmente descubrió para qué lo estaba preparando la voluntad de Dios. En Fabriano, se dedicó a convertirse en un peregrino perpetuo. Su vida se convirtió entonces en una marcha incesante, muy lejos de los *"peregrinajes triviales"*. Llegó a Loreto en septiembre de 1771 para su segundo peregrinaje durante unos 10 días. Una información nos da una fecha de su partida, el lunes 16 de septiembre de 1771 (**Visa del acta de bautismo**). A partir de esa fecha, emprendió lo que los historiadores italianos llamarían más tarde "el camino del mar de 1771". Luego pasó por las ciudades de Barletta, Trani, Bisceglie, Molfetta... ubicadas en la costa adriática.

3 - La ciudad de Andria, los encuentros del Peregrino de Dios:

Aquí se pone énfasis en las interacciones particulares de Benito José Labre con los habitantes de las ciudades de Andria y Bari, así como en los eventos significativos que ocurrieron durante su paso por estos lugares, como su encuentro con Luigi Ricciardi en Andria y las anécdotas relacionadas.

Benito José Labre llegó a Andria y luego a Bari hacia finales de octubre de 1771 y se preparaba para partir, según se dice, hacia Nápoles, cuando sus intenciones cambiaron. Enfermo y agotado por una ascética alimentaria a la que se sometía diariamente, y que estaba minando su salud poco a poco, *"¡Necesito poco!"* decía: *"¡El excedente solo es bueno para preparar una mayor ración a los gusanos!"*.

Decidió quedarse algunos días en la región, vagando especialmente por los campos circundantes y luego por la ciudad de Andria (a 60 km de Bari) en el santuario Santa Maria Dei Miracoli, un sitio de peregrinación importante cuya fama había atraído al peregrino asiduo a la *"Madre de Dios"*.

Desde su partida de la Abadía de Notre Dame de Sept-Fons, durante su existencia como peregrino, su vida estuvo expuesta mil veces a todo tipo de peligros. A veces experimentaba amargamente esto a lo largo de sus 7 años de peregrinajes (**insultos, golpes y estancias en prisión**). A pesar de los contratiempos encontrados durante sus viajes, permanecía imperturbable ante lo que pudiera sucederle. Totalmente imbuido de una confianza casi proverbial en la Providencia divina, continuaba su camino.

La Providencia velaba por él en muchas ocasiones. Los eventos que seguirán son bien conocidos por los historiadores, pero a menudo carecen de detalles. Narran los hechos ocurridos a Benito José Labre en 1771 en la ciudad de Andria. Muchas biografías relatan parte de ello, a menudo incompleto. Todas situaron esta historia en Bari, pero la tradición italiana asegura que este episodio ocurrió en Andria. Aquí está el relato y las anécdotas relacionadas:

En la ciudad de Andria, Benito José Labre pasaba sus días a su manera, desde el amanecer hasta el anochecer. Era en la puerta de la abadía benedictina de Santa Maria dei Miracoli donde recibía sopa y pan para alimentarse. Algunas noches, dormía bajo los arcos de la basílica del santuario. Se le veía en las iglesias, capillas y cementerios de la ciudad. Dondequiera que fuera, inspiraba por su dulzura, su caridad, su paciencia y su fe. A lo largo de su vida, nunca se cansó de hacer el bien. A sus ojos, el bien gratuito y desinteresado de la caridad era el deber del cristiano.

Sin embargo, en la ciudad de Andria, tanta rectitud en la fe, algo ostentosa, debía encontrar inevitablemente su contrario. Un día, mientras subía una de las calles de la ciudad, fue

abrumado por insultos de jóvenes gamberros, burlándose de sus largas oraciones y sus asiduas meditaciones. Uno de ellos, más audaz que los demás, se acercó para imitar su caminar y sus gestos para ridiculizarlo. Insultos groseros brotaron de la boca de esta banda de jóvenes, alentados por cierto Micheletto, que los instaba a recoger piedras para arrojarlas. Una de estas piedras, más grande que las demás y lanzada por Micheletto, alcanzó a Benito José Labre, haciéndolo tambalear. La piedra provocó una herida importante en su tobillo, de donde brotó la sangre. La tradición cuenta que recogió la piedra, la besó y la depositó contra una pared sin siquiera volver la cabeza.

Mientras tanto, un maestro zapatero llamado Luigi Ricciardi, alertado por los gritos de los niños, salió de su tienda para ver qué estaba pasando. Al ver a Benito José Labre sangrando, comprendió rápidamente la situación. Enojado, se precipitó entre los jóvenes gamberros, haciendo que huyeran a toda prisa. Luego, insistió en que Benito José entrara en su tienda, pero este, con un rostro radiante de paz, respondió: *"No es nada, no es nada: ¡Maestro, no se preocupe!"*. A pesar de todo, Luigi lo hizo sentarse y examinó su herida con cuidado; la herida era profunda. Después de limpiar y vendar la herida, Luigi le ofreció un vaso de agua fresca antes de acompañarlo afuera. El santo peregrino lo agradeció calurosamente antes de continuar su camino.

La leyenda de Andria cuenta que hasta sus últimos días, Luigi Ricciardi, el maestro zapatero, alabó la dulzura y humildad de este extraño peregrino, transmitiendo y difundiendo la tradición de su vida entre los ciudadanos de Andria. Recordaba constantemente esta palabra del Evangelio de Mateo (10:42): *"Y cualquiera que dé siquiera un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños porque es mi discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa"*.

Por otro lado, Micheletto (Miguel), el joven temerario que había herido a Benito José, falleció unos días más tarde. Dirigiéndose entonces a las personas presentes, Benito José dijo: *"Nada, nada para mí: rezad por este pobre que tanto lo necesita"*.

La historia podría haber terminado allí, pero eso sería sin tener en cuenta la acción de la Providencia. Recuerden, nunca está lejos de Benito José. Después de sus desventuras con esta banda de pilluelos, pasó el resto del día rezando en la catedral al pie de la Virgen. Luego, al anochecer, cuando el sacristán sonó la hora de cierre, se fue, tomó el camino de *"via Arco Marchese"* y se detuvo bajo un arco (*hoy desaparecido*) para pasar el resto de la noche en oración.

Al día siguiente, quiso visitar la iglesia de *"San Nicola"* (Piazza S. Nicola en Andria), pero el sacristán, al ver su aspecto repulsivo, sus ropas desgarradas y gastadas, en lugar de compadecerse, decidió echarlo cruelmente, dándole una bofetada y diciéndole: *"¡Ve a trabajar ya que eres joven!"*.

El canónigo Don Andréa Jannuzzi, testigo de la escena, reaccionó enérgicamente reprendiendo al sacristán antes de dirigirse al peregrino para iniciar una serie de preguntas. Descubrió así que el hombre era francés, en búsqueda espiritual a través de sus visitas a los santuarios, lo que convenció al canónigo de su fe y búsqueda de Dios.

A pesar de la apariencia exterior del peregrino: ropas deshilachadas, aparente delgadez y negligencia corporal, Don Andréa Jannuzzi logró percibir una belleza tanto externa como interna. Se dice que el rostro del peregrino, Benito José Labre, irradiaba luz, y su santidad era evidente.

Al notar el deplorable estado de sus zapatos, el canónigo decidió ayudarlo. Lo llevó al zapatero de la familia, el artesano Domenico Garbetti, para que le hiciera un par de zapatos adecuado para sus viajes, ya que los suyos apenas eran más que jirones. Dos días después, el peregrino regresó por orden de Don Jannuzzi para recoger los zapatos, pero en lugar de llevarlos puestos, los colocó humildemente en su bolsa, negándose a aceptar nuevos bienes materiales que irían en contra de su elección de pobreza.

En su camino, se encontró con una mujer descalza en la Via San Bartolomeo, y con compasión, le ofreció los zapatos diciendo: *"Hermana, los necesitas más que yo, toma estos zapatos"*. La mujer, sorprendida de recibir tanto de un mendigo, pensó en vender los zapatos; necesitaba tanto dinero. Pero finalmente, decidió ofrecerlos en la tienda de Maestro Garbetti, el zapatero bondadoso.

Este, sorprendido por la situación, exclamó: *"Esto es lo que pasa cuando se hace el bien a vagabundos"*. La mujer, avergonzada, explicó sonrojada: *"No me los vendió, me los dio por caridad y yo los vendo por necesidad"*.

Garbetti, desconcertado, compartió este evento con el canónigo Jannuzzi, quien, llevándose la mano a la frente, repitió: *"¡Te dije que este joven era un santo! Lo vi claramente en su rostro"*.

Después de buscarlo por toda la ciudad, Dom Jannuzzi encontró al peregrino y lo acogió en su casa, pidiendo a su hermana que cuidara de él preparándole buenos caldos para que pudiera recuperar fuerzas durante su estancia en Andria.

Sin embargo, al día siguiente, el peregrino no se mostró. Como en Fabriano algún tiempo antes, Andria, que se había convertido en un lugar querido para él a pesar de las pruebas sufridas en nombre de su fe en Jesucristo, se convierte ahora en fatal, ya que comienza a recibir honores y veneraciones que él rechaza.

"Las calles de la ciudad nunca lo vieron de nuevo, porque en sus palabras: ¡lo habían tratado como algo bueno!"

La historia de los zapatos se difundió rápidamente por toda la ciudad, suscitando la admiración y el respeto de sus habitantes hacia el peregrino Benito José Labre.

El santo patrón de los zapateros de Andria

"En la actualidad, en la ciudad de Andria, la venerable figura de san Benito José Labre persiste como protector de los zapateros. En honor a Luigi Ricciardi, maestro zapatero, quien, por su defensa, sus cuidados diligentes y su compasión hacia el santo, fue recompensado y vivió una existencia colmada de longevidad (se dice que murió a la edad de 102 años). En cuanto a Domenico Garbetti, el artesano que confeccionó los zapatos para el santo, toda su vida fue un vibrante testimonio de la santidad irradiante del Vagabundo de Dios."

4 - La ciudad de Bari: La caridad del Santo

Después de sus peripecias en Andria, llegó a la ciudad de Bari. Las numerosas granjas de la región presumen de haberlo tenido como invitado. Se sabe que los capuchinos de Rutigliano, en cuya iglesia se venera un crucifijo milagroso, lo alojaron como hermano franciscano y

conservaron durante mucho tiempo el recuerdo de su paso por el "*Monte dei Poveri*" (**El Monte de los Pobres**) (**Rutigliano es un pueblo situado a 20 km de Bari**).

Benito José Labre llegó a la ciudad portuaria de Bari, deambulando como era habitual por las estrechas calles que rodean la Basílica de San Nicolás de Bari. Su nombre fue registrado en el registro del albergue de Peregrinos, donde fue recibido el 31 de octubre de 1771. Expresó humildemente: "Todo lo que necesito es un refugio para un descanso necesario". Posteriormente, se le veía a menudo en ferviente oración en la Basílica de San Nicolás de Bari. Desde la mañana hasta la noche, arrodillado ante el altar de la Virgen de Constantinopla o ante el gran obispo protector de la ciudad, San Nicolás de Bari, Benito José Labre, con su actitud recogida, evocaba a esos ángeles de mármol en adoración alrededor del Sagrario. Durante las oraciones vespertinas, entonaba los salmos con una voz clara, suave, cálida y armoniosa. Una devoción tan profunda en el canto litúrgico no podía dejar de maravillar y sorprender a los feligreses de Bari, quienes venían a observarlo con admiración. Desde su llegada a la ciudad, la basílica estaba constantemente llena de fieles, orando y alabando a Dios; así era su oración y su interioridad en Bari.

Un día, al salir de la basílica, pasó frente a los barrotes de la cárcel del palacio municipal, conmovido por los lamentos de los desafortunados detenidos. Sus lágrimas y súplicas conmovieron su corazón. Con solo su pobreza para ofrecer, el santo peregrino, siguiendo la inspiración de su corazón, se arrodilló, colocó su sombrero en el suelo y depositó el crucifijo que llevaba en su pecho. Después de una breve oración, entonó las letanías de Loreto con una voz clara y melodiosa, con acento francés. Su canto, acompañado de gestos ascendentes y descendentes de la mano, demostraba una larga práctica del canto llano; el entusiasmo que suscitaba congregaba a una multitud de personas, cada una depositando una moneda en su sombrero.

Al final de esta oración, besó la limosna recolectada como muestra de gratitud hacia aquellos que habían dado generosamente. Luego compartió los dones con los prisioneros colgando las cestas que guardaban en los barrotes de su prisión. Según la tradición, algunos prisioneros lloraron.

Al día siguiente, Benito José Labre renovó su canto y sus oraciones, expresando su agradecimiento a aquellos que habían contribuido a esta limosna en nombre de Dios.

La fe de Benito José Labre buscaba revelar la presencia divina donde la Providencia lo guiaba. Una asombrosa manifestación de la gracia de Dios a través de un pobre mendigo como Benito José Labre. Este último, distribuyendo limosnas a otros pobres, testimoniaba así su obediencia a la voluntad divina. Delante de los hombres, afirmaba que era Cristo mismo quien actuaba a través de él...

"Que así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." (Mateo 5:16)

En la mañana del cuarto día, Benito José Labre dejó Bari para continuar su camino.

Los días siguientes, al atravesar el pueblo de Conversano, se detuvo para venerar la Madonna local, un icono del siglo XIII, la "*Madonna della Fonte*" (**Virgen de la Fuente**) (**patrona de la ciudad**). El sacerdote Don Domenico Iacobellis, párroco del lugar, lo vio tendido en los escalones de la catedral en un estado de profunda postración y se acercó a él para interrogarlo.

El santo estaba febril y débil por falta de comida; así que lo llevó a su casa y le dio un poco de alimento. Luego, Don Iacobellis se encargó de proporcionarle una habitación para alojarlo en el convento de las hermanas cistercienses, quienes lo recibieron pero tuvieron dificultades para hacerlo aceptar la cama reservada para él. Hicieron todo lo posible por ayudarlo a recuperar la salud y las fuerzas perdidas debido a una austeridad alimentaria llevada demasiado lejos y durante demasiado tiempo. Durante su enfermedad, quiso recibir los sacramentos de penitencia y la Eucaristía. Don Iacobellis, quien cuidaba de él, escuchó su confesión con gran edificación, descubriendo en él un alma celestial y una pureza angélica. Tan pronto como recuperó fuerzas, expresó el deseo de reanudar su vida de peregrino; según la tradición, en Conversano se cuenta que había expresado el deseo de ir a los lugares santos de Jerusalén. Sin embargo, Don Domenico Iacobellis, quien lo había cuidado, lo disuadió de hacerlo por temor a que su salud empeorara aún más. Más obediente de lo que era... probablemente siguió los consejos de este valiente cura, pero ¿alguna vez fue más allá? Lo encontramos en la comuna italiana de la provincia de Lecce, en la región de Apulia, en "*Castrignano del Capo*" en noviembre de 1771, en el extremo sur de la península, en el santuario "*di Santa Maria di Finibus Terrae*" o más comúnmente conocido hoy en día como "*Santa Maria di Leuca*".

No sabemos nada de su estancia en este lugar. Sin embargo, el santuario inmortalizó su paso consagrando uno de los altares de la iglesia al santo vagabundo; encima, un inmenso cuadro lo representa rezando de rodillas, con las manos juntas delante del altar de la Madonna di Leuca. A su lado, los atributos del peregrino: el bastón y el sombrero del vagabundo. En el lado izquierdo del lienzo, dos ángeles miran al santo. El primero lleva una corona de rosas mientras que el segundo sostiene un pergamino con la inscripción: "*Advena sum et peregrinus*", una frase que cita el versículo de Génesis en el capítulo 23: "*Soy un extranjero y un peregrino*". Estas palabras son las que Abraham, en la tierra extranjera de Canaán, dirige a los hititas para obtener un sepulcro donde enterrar a su esposa Sara. El cuadro recuerda el paso del santo que, en noviembre de 1771, vino de Bari para venerar a la "*Madonna di Leuca*". La presencia en 1771 de "San Benito José Labre" subraya la importancia del santuario de Leuca como destino para todos los numerosos peregrinos que aún hoy en día acuden allí... La basílica de Santa María de Finibus Terrae, "fin de la tierra", fue fundada a principios del siglo I por monjes y construida en el lugar donde, según la tradición, el apóstol Pedro desembarcó de Jerusalén para dirigirse a Roma.

El Camino de 1771 termina aquí, en la costa del santuario de Santa María de Leuca. Testigo de su paso y su oración, la Madonna guardará celosamente su secreto... La tradición oral italiana cuenta y testifica sobre este Dios trascendente que iluminó la vida de este hombre de fe, una esperanza que comunicó a todos los que alguna vez cruzaron su camino, desde su nacimiento hasta su muerte. En Italia, nadie ha olvidado "*el pobre de Jesucristo, Benito José Labre*".

En conclusión de esta exploración de la vida y los viajes de Benito José Labre en 1771, somos testigos de la manifestación brillante de la gracia divina a través de la simplicidad y devoción de un hombre humilde. Su vida errante y sus encuentros providenciales testimonian cómo la Providencia obra en las circunstancias más modestas de nuestra existencia. A través de sus acciones llenas de caridad y piedad, Benito José Labre encarna el ideal del cristiano que, por su fe y devoción, ilumina el mundo con la presencia de Dios. Que su ejemplo continúe inspirando y guiando a aquellos que buscan seguir el camino de la santidad en su propio peregrinaje terrenal.

Hermano Alexis, fl (hermano dado Labrien)

Fraternidad de hermanos y hermanas de San Benito José Labre.

(Diócesis de Évreux y Arrás)

Dado en Gémenos (13420)

Priorato de San Juan de Garguier el 16 de abril de 2024. (Diócesis de Marsella).

Ningún derecho reservado para este texto de conferencia:

"Las palabras y escritos son libres como pudo serlo san Benito José Labre"

La palabra, al ser pronunciada, puede viajar a través del aire y llegar a los oídos de quienes la escuchan. Permite expresar emociones, compartir conocimientos y comunicar ideas. De igual manera, la escritura, en forma de cartas, libros, artículos o mensajes, puede ser transportada en soportes físicos o digitales y circular en el espacio y en el tiempo.

La idea de testimonio también resalta la importancia de la palabra y la escritura como herramientas para preservar la historia y las experiencias humanas. Los testimonios pueden documentar eventos, encuentros y emociones, y servir como evidencia o memoria colectiva para las generaciones futuras.

En resumen, esta frase evoca el alcance universal de la palabra y la escritura, destacando su capacidad para conectar a las personas y preservar el conocimiento. También recuerda la responsabilidad que acompaña al uso de estos medios de comunicación, ya que pueden influir, informar e inspirar a quienes los reciben.

Texto de conferencia de libre distribución, para ser utilizado con fines no comerciales y con propósitos educativos e históricos.

Oración

"Un santo en camino"

Oh San Benito José Labre,
Tú que vagaste por los caminos de esta vida,
Buscando la paz en la soledad y la oración,
Escucha nuestras súplicas y nuestros corazones inquietos.
En los momentos de duda y desesperación,
Recuérdanos la constante presencia de Dios,
Guíanos hacia la serenidad y la confianza,
Y ayúdanos a encontrar consuelo en el amor divino.
Tú, el peregrino humilde y devoto,
Que encontraste la alegría en la simplicidad,
Inspíranos a buscar la santidad en lo ordinario,
Y a ver la mano de Dios en cada instante de nuestra vida.

San Benito José Labre,
Patrono de los sin techo y de las almas solitarias,
Intercede por nosotros ante el Padre celestial,
Para que algún día podamos unirnos a ti
En la alabanza eterna del Señor.

Amén.

Hermano Alexis, fl



Postal de la ciudad de Andria (Italia)



El cuadro pretende recordar la visita del santo al santuario de Leuca, adonde llegó desde Bari en noviembre de 1771 para venerar a la 'Madonna di Leuca'. La pintura, datada en 1897, es obra del pintor Pietro De Simone (1845-1920)